

Si bien el apoyo internacional, representado en programas como el Plan Colombia, no tiene visos de intervención, existe la remota posibilidad de que ciertas circunstancias lleven a Estados Unidos y Europa a usar la fuerza con carácter correctivo en territorio colombiano.

REORDENAMIENTO



Estratégico Global

Por Vicente Torrijos Rivera

Profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales en la Universidad del Rosario, de Lógica Estratégica en la Escuela Superior de Guerra, y de Paz y Conflictos en la Universitat Oberta de Catalunya, España.

Evolución y Perspectivas

El contexto crítico

El área andina en general, y Colombia en particular, puede ser considerada como un foco perturbador para la estabilidad en el hemisferio occidental que requiere particular atención, vale decir, correctivos urgentes.

Un tratamiento integral a un área crítica como ésta incluye tanto cooperación socioeconómica como militar. La cooperación socioeconómica tarda mucho en dar frutos y puede ser sabotada fácilmente por los grupos alzados en armas que desafían la autoridad del Estado.

Por su parte, la cooperación militar ofrece resultados tangibles y abre el camino para la implantación de programas de desarrollo económico y social. Pero nada garantiza que el tratamiento integral de estos asuntos sea exitoso. Una evaluación temprana podría arrojar resultados desesperanzadores que obliguen a incrementar la asistencia con el fin de salvar la inversión inicial.

El problema estriba en que, generalmente, el afán hegemónico que riñe con la posibilidad de una retirada oportuna, la inercia política, o el temor hacia el efecto dominó arrastran a los proveedores de asistencia económica y militar a verdaderos callejones sin salida. Henry Kissinger, por ejemplo, ha cuestionado el papel de los Estados Unidos en este proceso y se ha preguntado: "¿Cuán lejos podemos llegar solos?".

El interrogante de Kissinger es clave. Sugiere que si el enfoque inicial fracasa, sería necesario ampliar el tratamiento integral, y por ende, el concepto de interés nacional para promover una acción colectiva de las democracias del hemisferio contra el terrorismo y el crimen organizado, es decir, bandas paramilitares y agrupaciones subversivas que deterioran el orden

democrático, frenan el libre comercio y estimulan los cultivos ilícitos, de los que deriva buena parte de sus ingresos.

Una acción colectiva podría emprenderse con el consentimiento del gobierno colombiano o sin él, y podría ser de naturaleza regional, es decir, con participación restringida a los países vecinos, o extrarregional, o sea, con participación amplia de otros países de fuera del área pero con intereses específicos en la zona.

Si obtuviese el consentimiento del gobierno colombiano, o si fuese solicitada por él, la acción tendría que granjearse, de todas maneras, la simpatía de una población que, pese a lo sensibilizada que se halle, podría mostrarse, casi por naturaleza, reticente a aceptar la injerencia externa en sus asuntos propios.

Por otra parte, la dinámica de los acontecimientos ha llevado a pensar que cuanto ocurre en Colombia y el área andina afecta la paz y la seguridad internacionales. En tal caso, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas podría autorizar, sin la aquiescencia del Palacio de Nariño, una operación de establecimiento de la paz con base en el capítulo VII de la Carta, y hasta una operación de imposición de la paz, a la luz de la resolución CS-1296, pues sobran razones para aducir que la población civil está siendo sometida a sufrimiento.

No obstante, los Estados Unidos podrían suponer, tal como lo hicieron al momento de decidir el bombardeo sobre Kosovo, que un proyecto de resolución en tal sentido podría ser vetado en el seno del Consejo de Seguridad por países como Francia, Rusia o la República Popular China.

Por tal razón, Washington tendría que apelar a una acción conjunta basada en países aliados que dotarán de suficiente legitimidad a una empresa que se definiría, en cualquier caso, como reparadora de la paz y la seguridad internacionales.

Esta acción colectiva tendría carácter multinacional y podría gozar del liderazgo natural de países americanos como Brasil y Argentina, pero también de países europeos, como el Reino Unido.

De cualquier manera, lo idóneo sería contar con la participación del mayor número de países y organizaciones regionales que le confirieran a la operación la necesaria solidez y el respaldo, siempre de acuerdo con las tendencias estratégicas imperantes en los Estados Unidos, es decir, siendo "persuasivos en la paz, decisivos en la guerra y preeminentes en toda modalidad de conflicto", de tal forma que se cumpliera el requerimiento de tener "una fuerza conjunta preparada para vencer a través del amplio espectro de operaciones militares en cualquier parte del mundo, operando con fuerzas multinacionales y, si fuese preciso, coordinando las operaciones con agencias gubernamentales y organizaciones internacionales".

En consecuencia, las operaciones multinacionales se han convertido en pieza determinante del razonamiento estratégico norteamericano, de tal suerte que si se constatare el fracaso del enfoque con que se ha venido manejando la problemática en Colombia, todo apuntaría a la necesidad de conformar una misión de estas características, o sea, una acción conducida por fuerzas de dos o más naciones, usualmente concebidas con la estructura de una coalición o alianza.

En otras palabras, las acciones que podrían emprenderse para corregir las disfunciones en el área crítica contemplarían tres puntos: el uso intensivo de la





fuerza contra las organizaciones que amenazan el orden establecido; la puesta en marcha, en condiciones favorables, de programas de desarrollo socioeconómico que estimulen la libre empresa, y la promoción de los derechos humanos para consolidar un clima de convivencia democrática.

Ahora bien, una empresa de semejantes dimensiones sólo puede ser liderada por una organización suficientemente sólida y responsable, con bastante experiencia, habilidad y capacidad para garantizar el desenvolvimiento exitoso de las operaciones. Dicho de otro modo, la participación no exclusiva, pero sí fundamental de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en el área andina, tendería a hacerse verdaderamente imprescindible.

Un curioso antecedente histórico: Bolívar y el zar de Rusia

En septiembre de 1814, los vencedores de las guerras napoleónicas se reunieron en Viena y planificaron el nuevo orden mundial a partir de lo que se conocería en la historia como *la Santa Alianza*.

Metternich logró mantener la unidad conservadora y sorteó revoluciones en España y Grecia, "mientras mantenía eficazmente el consenso europeo", auténtica "barrera ante el caos revolucionario" del que Simón Bolívar, en tierras americanas, era un espléndido exponente.

A juicio de Vásquez Carrizosa, "dos sistemas políticos estaban contrapuestos y casi enfrentados: el de la Santa Alianza y el de la



Organisation du Traité de l'Atlantique Nord

El zar de Rusia Alejandro I fue quien la propuso, animado como estaba por la misión de refundar el sistema internacional "con base en las verdades de la religión eterna de nuestro Salvador".

El príncipe Von Metternich, como negociador austríaco, logró traducir esta vocación religiosa en un mecanismo funcional para conservar el *status quo* y mantener intactas las capacidades de su Estado durante todo el siglo XIX. De acuerdo con Henry Kissinger, él convenció a los países clave de que "sometieran sus desacuerdos a una misma escala de valores (conservadores) compartidos... pues el peligro ideológico que significaban las revoluciones (democráticas) anulaba sus oportunidades estratégicas".

Sin exponer innecesariamente a su país en aventuras unilaterales, pero invadiendo, por ejemplo, la Lombardía, el Piamonte y Nápoles,



Alejandro I y Simón Bolívar:
dos polos del orden mundial en el siglo XIX.

contra-alianza de Colombia con otros países latinoamericanos. El mundo de ayer, la estratificación del pasado, y el mundo del mañana, la visión promisoría de un orden calculado para garantizar los derechos del hombre”.

En tal sentido, “Bolívar tenía razones para temer que la Santa Alianza extendiera su influencia hacia la América Latina. El zar de Rusia quería llevar al extremo la aplicación de la garantía territorial y el concepto de la Santa Alianza para extenderlo a las formas de gobierno y sostener la monarquía de derecho divino y el pacto de intervención permanente”.

Como se recordará, es al amparo de la Santa Alianza que España intenta la reconquista de América. Luego, cuando la revolución de Riego de 1820 restablece la constitución democrática de Cádiz de 1812, Francia, integrada al sistema de equilibrio de poder de la citada Alianza, invade a España en 1823, quedando así América Latina a las puertas de una operación intervencionista a gran escala, y por ende Bolívar se posiciona como el otro gran polo de poder en el orden mundial.

Esto se constata claramente en las discusiones propias de la Conferencia de Verona de 1822, cuando el embajador francés, Francois de Chateaubriand, se atreve a aseverar que “la política europea debería colocar todo su empeño en obtener (que los países de América adopten constituciones monárquicas). Si el Nuevo Mundo en su totalidad fuera algún día republicano, las monarquías del Antiguo perecerían”.

Propósito que, en la práctica, está muy lejos de apoyar la candorosa idea de estudiosos que, como J.R. Sofka, pretenden demostrar que el sistema de conferencias, previsto en el artículo VI del Tratado de Viena, fue “un esfuerzo por dotar a la diplomacia de un marco para la resolución pacífica y eficaz de las disputas internacionales”.

La suerte de Metternich no fue muy afortunada. Finalmente, el sistema de equilibrio de poder se hizo añicos, y Europa transitó por el sendero de dos guerras mundiales. “Los proyectos de Bolívar cobraron mayor importancia en la medida en la cual el peligro de la intervención europea en América Latina era evidente”, agrega Vásquez Carrizosa.

Así las cosas, la democracia fue consolidándose en América, y el despotismo monárquico desapareció gradualmente. Al fin y al cabo, D.M. Gibler & J.A. Vásquez han constatado que las alianzas más propensas a la guerra (y a desmoronarse, en muchos casos) son aquellas concertadas por Estados que libraron con éxito su última guerra y que, además, eran poderosos e influyentes. Pero lo que no estaba previsto es que 200 años después, la situación volviese a ser prácticamente la misma que tuvo que enfrentar Simón Bolívar.

La tesis que se maneja en este papel es que si fracasaran los mecanismos de tratamiento *suave* para eliminar el foco de contagio que anida en Colombia, esta nación podría hallarse a las puertas de una operación correctiva, similar a la que en tiempos pudo haber orquestado la Santa Alianza, pero, claro, desplegada ahora por la Otan y otros países aliados debido a la creciente sensación de que Colombia es un



Estado colapsado, con alto grado de ingobernabilidad y sometido por tanto a una especie de soberanía condicional, o una situación de indefensión en la cual un país pasa a ser susceptible de intromisiones destinadas a estabilizar la caótica situación política en que se encuentra y eliminar las consecuentes amenazas a la paz y la seguridad internacionales.

El margen de maniobra de la Alianza Atlántica

Tal como sucedía entonces con la Santa Alianza, la Otan dispone hoy de la capacidad suficiente para actuar en contextos como los del área andina.

Antes de la Cumbre de Washington del 23 y 24 de abril de 1999, no resultaba apropiado. Pero con el nuevo Concepto Estratégico de la Alianza, aprobado por los Jefes de Estado y de Gobierno que participaron en la reunión del Consejo del Atlántico Norte, celebrada en esa ciudad y en esa fecha, su radio de acción se ha ampliado enormemente, tanto en materia física y geográfica como en materia operativa y cualitativa.

Pocas semanas antes de adoptar este significativo viraje, la Otan inició el bombardeo sobre Kosovo. En ese momento, el artículo 6 del Tratado de Washington restringía claramente las operaciones al "territorio de cualquiera de las partes en Europa o en América del Norte", del cual, obviamente, no hace parte la mencionada provincia Serbia.

Aunque estaba claro desde entonces que "esto no implicaba que los acontecimientos que se produjeran fuera de estas zonas no podían ser objeto de consultas en el seno de la Alianza o de una acción concertada desarrollada individualmente por los países miembros dentro de dicha zona", lo cierto es que cualquier tipo de inhibición que se desprendiera de estas precisiones desaparece a partir de la Cumbre de Washington de 1999 en la que se celebró el quincuagésimo aniversario de la organización.

En resumen, el Nuevo Concepto Estratégico modifica sustancialmente esta situación y la Alianza se traza unas tareas fundamentales, entre las que se destacan las relacionadas con la seguridad, ya que se aporta "uno de los pilares

indispensables para un entorno de seguridad euroatlántico estable" (artículo 10). Se levanta, pues, esa limitación que aparecía precisada de manera rigurosa en el artículo 6 y se pasa a una consideración geográfica sumamente amplia ya que, como es apenas obvio, el entorno euroatlántico se extiende hasta la Patagonia y en él queda inmerso Colombia.

Esta ampliación deliberada, ambiciosa, del ámbito geográfico de influencia y actuación es, precisamente, la que abre la posibilidad de que hoy la Otan pueda concurrir, mediante un esfuerzo colectivo, a lograr el objetivo de convertir el entorno euroatlántico en un entorno de seguridad armonioso, regulado y favorable.

¿Lo que ocurre en estos momentos en el área andina contribuye a lograr esa estabilidad de la que habla el Nuevo Concepto Estratégico? Si la respuesta es no, ¿cabría, entonces, la posibilidad de que en algún momento, y de acuerdo con los intereses y conveniencias propios de la organización, se decida acudir en compañía de otros aliados, si fuese preciso, a cooperar en los esfuerzos por restablecer en Colombia y el área andina la paz y la seguridad internacionales?

Pero el tema no termina con las consideraciones geoculturales. Se extiende aún más, ya en el plano cualitativo, puesto que este concepto estratégico faculta ahora a la Alianza "para contribuir a una prevención de conflictos efectiva e implicarse activamente en la gestión de crisis, incluidas las operaciones de respuesta ante crisis (artículo 10), agregando, como si fuera poco, que "se esforzará por prevenir conflictos o, de producirse una crisis, contribuir a gestionarla eficazmente, conforme al derecho internacional, incluso mediante la posibilidad de llevar a cabo operaciones de respuesta ante crisis no contempladas en el artículo 5".

Al redactar el Tratado de Washington, en 1949, ni en el artículo 5 ni en ningún otro artículo aparecía el concepto de crisis, tal como se conoce hoy. Este es un concepto relativamente nuevo en el dominio de la ciencia política y las relaciones internacionales. Uno de los más destacados estudiosos del tema, M. Brecher, sostiene que una crisis internacional es aquel fenómeno que denota un cambio sensible en la intensidad de las interacciones entre dos o más Estados, con lo cual se desestabilizan sus rela-





ciones y emerge la posibilidad de un enfrentamiento militar que, por supuesto, altera el funcionamiento del sistema internacional.

Algo similar es lo que aporta J-L Dufour al decir que una crisis supone la ruptura del *status quo* en medio de preocupantes limitaciones de tiempo para tomar decisiones bajo alta tensión, siempre signadas por el interés nacional de los actores afectados que en tales condiciones tiende a agigantarse.

Dicho de otro modo, cualquier fenómeno que afecte en algún grado los intereses de los miembros en un ámbito geocultural tan amplio, podría ser susceptible de una acción de fuerza de la Alianza, de tal suerte que una problemática como la andina, con tantas repercusiones intra y extrarregionales, bien podría coincidir con la necesidad de generar un entorno de seguridad euroatlántico estable mediante una operación colectiva orientada a remediar la situación perturbadora del orden internacional y prevenir, así, conflictos de insospechada envergadura.

De acuerdo con W.S. Cohen, a la sazón secretario de Defensa de los Estados Unidos, "el terrorismo, en todas sus formas manifiestamente malignas, está destinado a presentar peligros semejantes a los de la Guerra Fría. Sería absurdo sentarnos dentro de nuestras fronteras y esperar sin más a que estos males alcancen a nuestros ciudadanos: a que los terroristas ataquen nuestras ciudades, a que suelten en nuestras calles gérmenes mortíferos, a que el caos de un Kosovo se extienda a nuestros países. Las tropas aliadas deben tener suficiente movilidad como para ir a la crisis... y ser capaces de enfrentarse a las fuerzas enemigas con una respuesta adaptada a la misión de cada momento".

Como si cupiera duda, la referencia en la que el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Lamberto Dini, presenta a la Otan como comunidad de valores, recuerda con toda claridad que si algo identificaba a la Santa Alianza era, justamente, lo mismo: una comunidad de valores, que hoy, por supuesto, se concibe en términos muy distintos, pero que, a nivel metodológico y operativo, conlleva exactamente los mismos desafíos y la manera de encararlos: "En el período de transición tras el fin de la guerra fría, estas nuevas misiones, en particular el uso de la fuerza para proteger los derechos humanos, ampliarán probablemente el consenso social en el seno de la Alianza, lo que confirmará el carácter específico de la Otan como comunidad de valores".

Guardadas las proporciones, el artículo 1 del Tratado de Viena del 26 de septiembre de 1815, se parece mucho: "De conformidad con las palabras de las Santas Escrituras, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una fraternidad verdadera y se considerarán mutuamente como oriundos de una patria común, prestándose en todas las ocasiones y en todos los lugares ayuda y asistencia, conduciendo a sus súbditos con el mismo espíritu de fraternidad a fin de proteger la religión, la paz y la justicia".

La Santa Alianza no tenía un ámbito geográfico de acción muy preciso. La Otan tampoco lo tiene hoy. La Alliance Solidaire con la que se justificaba entonces el intervencionismo, equivaldría a lo que hoy es la gestión de crisis en la Alianza Atlántica. Y el terrorista de hoy (incluyendo en esa

noción-símbolo a narcotraficantes, guerrilleros, paramilitares y terroristas), equivale tanto al comunista de la Guerra Fría como al demócrata revolucionario y antimonárquico que protagonizó la gesta independentista en Colombia.

Conclusión: capacidad incuestionable, conducta cuestionable

Las recientes maniobras militares en suelo argentino a las que no fueron invitadas las Fuerzas Armadas de Colombia y Venezuela, y que transcurrieron sin la autorización del Congreso de ese país, ponen de presente la posibilidad de que, paralelamente a la asistencia al Plan Colombia y a la Iniciativa Regional Andina, los Estados Unidos estén barajando posibilidades de uso de la fuerza con carácter correctivo en territorio colombiano, sin contar necesariamente con Venezuela, país al que, tal vez, no se le considera hoy como socio plenamente confiable.

Especulación o realidad objetiva, las grandes potencias, como se ha visto en este documento, suelen manejar alternativas de este tipo, basadas en alianzas.

Que se utilicen las opciones aquí analizadas o no, es algo perfectamente compatible con el análisis planteado. Las herramientas siempre permanecerán disponibles, aunque su utilización pueda ser éticamente reprochable o coyunturalmente inconveniente.

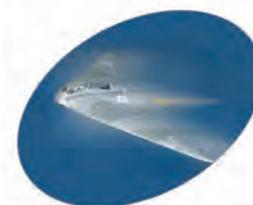
Por supuesto, el cuestionamiento a la utilización de este tipo de instrumentos no es sólo ético. También es estratégico.

Si una gran potencia, secundada por la Alianza más poderosa del globo y otros países del vecindario, decidiera lanzar una operación militar de orden, limpieza y ajuste sobre el área andina, tal vez se estrellaría con dificultades que conviene sopesar antes de iniciar la aventura.

La más destacada tiene que ver, tal vez, con el tipo de fuerza que sería necesario utilizar. ¿Guerra de guerrillas, como en Vietnam? Poco probable. ¿Medios tecnológicos altamente sofisticados (armas inteligentes)? Tampoco. De hecho, R. Ortiz concluye que “el entorno geográfico de países como Sierra Leona o Colombia presentará las máximas dificultades para que las nuevas tecnologías militares conocidas como RMA (revolución en los asuntos militares, por su sigla en inglés) puedan ser empleadas con un máximo de eficacia. La experiencia de Washington en Somalia, donde sus tropas sufrieron un número relevante de bajas y se retiraron sin haber estabilizado el país, demuestra claramente que la superioridad tecnológica no es garantía de éxito en una operación de pacificación”.

Muchos países, como España, por ejemplo, están hoy deseosos de “contribuir a las misiones de ayuda humanitaria y operaciones de paz y de gestión de crisis que realicen organizaciones internacionales y europeas a las que se pertenece”. No obstante, esta voluntad puede verse seriamente distorsionada si no se practica con claridad y no se calcula objetivamente la ecuación existente entre el interés nacional, el interés de la organización colectiva y el interés del país receptor de las operaciones.

De tal modo, es muy probable que nada logre reemplazar a las fuerzas armadas y la voluntad popular del país afectado directamente por la problemática al momento de emprender acciones conjuntas, aún las del máximo nivel, contra las amenazas que, al fin y al cabo, son amenazas comunes.





Organisation du Traité de l'Atlantique Nord



Presumir que los países con dificultades de gobernabilidad tienen un límite muy definido en su capacidad operativa para enfrentar las fuentes de amenaza, puede ser contraproducente y puede llevar a conclusiones apresuradas que tiendan a reemplazar a las fuerzas locales por fuerzas foráneas, socavando así cualquier posibilidad de restablecer el orden y la seguridad democrática con base en el respeto entre Estados y la solidaridad entre los pueblos.

A veces, apelar a los valores universales, con ánimo redentorista, en vez de aglutinar funcionalmente a los gobiernos y los pueblos relativamente identificados con ellos, puede generar fracturas históricas difíciles de subsanar. Si la Otan, por ejemplo, revive el tema de los valores, a la usanza de la Santa Alianza, o sea, para emprender acciones contra un país a despecho de sus gobiernos y sus organizaciones ciudadanas que posiblemente están deseosas de compartir esos valores y luchar por una causa común, podría golpear rudamente la tendencia ha-

cia la democratización en el sistema internacional en general y en América Latina y el Caribe en particular.

El canciller alemán, G. Schröder, ha dicho que "las partes del Tratado del Atlántico Norte están decididas a salvaguardar la libertad, la herencia común y la civilización de sus gentes a partir de los principios de democracia, libertad individual y estado de derecho". Luego, agrega que "casi todos los Estados del continente (europeo) aspiran a estos valores, (y que) la Otan contribuye a hacer realidad estas ideas exportando estabilidad y proyectando paz hacia el área euroatlántica". ¿Qué le hace pensar al Canciller que eso está sucediendo realmente, o que si sólo es un noble propósito, no podría perfeccionarse en la práctica político-militar, de tal suerte que aquellos países que en su lógica aparecerían como los importadores de estabilidad y paz pudiesen cooperar activamente en el logro efectivo de tales ideales adecuándolos a circunstancias y ambientes particulares?

¿Acaso el entorno euroatlántico es, en sí mismo, una comunidad que tenga que compartir el mismo sentido de unos valores que, por muy loables que sean, resultan fastidiosos si no se matizan o si son impuestos con carácter mesiánico por la voluntad de los gobiernos más iluminados del concierto internacional?

Curiosamente, el mismo 11 de septiembre del 2001, día del atentado terrorista contra el World Trade Center, de Nueva York, los países miembros de la Organización de Estados Americanos, OEA, firmaban la Carta Democrática Interamericana, un valioso instrumento para proteger los valores comunes en el hemisferio occidental, pero sin olvidar que al interior de la organización se dio un interesante debate entre países como Venezuela, que preferían el concepto de democracia participativa, frente a países como Colombia y los Estados Unidos, que optaban, más bien, por la noción de democracia representativa.

Es preciso recordar que, de acuerdo con el Ministerio de Defensa de España, "la defensa de Europa continuará descansando en la Otan y, en consecuencia, el desarrollo de la Identidad Europea de Seguridad y Defensa supondrá para los aliados europeos asumir mayores cuotas de responsabilidad y participación en el esfuerzo común aliado o, lo que es lo mismo, exigirá un mayor compromiso europeo en su propia defensa". ¿Es ese compromiso excluyente, desobligante y hasta amenazante, para algunos países o poblaciones al interior de la propia Europa que no hacen parte de la Alianza, y lo que es más, para países de fuera de Europa pero situados en el entorno euroatlántico? ¿Sobre qué bases es posible ir más allá del concepto estratégico de la Alianza a fin de generar un clima de auténtica seguridad compartida y de corresponsabilidades respetuosas que borren el síndrome de la Santa Alianza y permitan reelaborar conjuntamente el concepto de confianza comunitaria?

De momento, parece perfectamente claro que "el éxito alcanzado en la operación Allied Force (sobre Kosovo) se debió a la unidad política de la Alianza. Pero, además, esta operación ha sido muy instructiva, pues enseñó mucho sobre la guerra en coalición y sus futuras necesidades. Colectivamente podemos lograr una acción militar unificada que será decisiva para el éxito

de futuras operaciones". La pregunta es: ¿resulta más importante el éxito alcanzado que las enseñanzas recibidas acerca de las futuras necesidades de las guerras en coalición?

En el fondo, lo que sucede es que, probablemente, desde ya están quedando en claro algunas otras cosas. Por ejemplo:

Que la unidad política de la Alianza no basta. El concepto de unidad política tendrá que ser ampliado progresivamente porque nada puede reemplazar la voluntad y la cooperación de las fuerzas locales, no necesariamente pertenecientes a la Otan, en la superación de las crisis, la consolidación de la paz y la promoción de una cultura preventiva.

Que la guerra en coalición no puede reducirse a una minoría de países que controla la máxima tecnología de sistemas de combate menospreciando la sabiduría de los ejércitos locales que han desarrollado pericias difíciles de asimilar en circunstancias complejas. Tal como lo ha reconocido Eash, "aunque la tecnología es importante, no es el único camino hacia el éxito. Pero en muchos casos, comprenderlo es más difícil que desarrollar la propia tecnología".

Que los valores compartidos en los que, al decir del Canciller alemán, se basan las acciones militares unificadas, ya no son, necesariamente, garantía de victoria alguna. Por el contrario, si alguna lección podrían interesarse en aprender los miembros de la Otan, que a pesar del tiempo transcurrido sigue siendo tan parecida a la Santa Alianza, es, precisamente, que los escenarios bélicos del futuro exigirán el trabajo codo a codo entre fuerzas militares y ciudadanos que no comparten los mismos valores, ni los mismos códigos culturales, ni unos mismos parámetros civilizacionales, pero pueden coincidir creativa y operativamente en torno a los mismos intereses tanto a corto como a muy largo plazo. En síntesis, la Otan no es la fuente inspiradora e iluminadora del universo en materia de valores susceptibles de traducirse gloriosa y exitosamente al campo militar.

Semejantes pretensiones, por muy bien inspiradas que puedan estar, han conducido a estruendosos fracasos en otros momentos de la historia. Y son muy pocos los países que quisieran lidiar con más fracasos en un área tan sometida a la desgracia, como el área andina.

